

Amor, no en la tierra,  
no en el cemento duro de los días,  
un delirio de altura,  
jergón del cielo,  
colmó aquellas almas de aeropuertos,  
con vértigo de ficus bañó aquellas retinas.

En regiones aéreas,  
las luciérnagas vivas de las lámparas  
prestaban a sus sábanas  
un dorado clamor de mediodía,  
los dedos parecían susurros,  
eran parnasos  
suaves sus laderas,  
llamaradas de pieles  
celestes y de pájaros,  
eran sus pensamientos ligeros,  
alas o plumas  
de algún ícaro incendiario.

Llegará el crepúsculo a sus cuerpos,  
caerá el sol por sus figuras,  
y hará rojizas sus maltrechas sombras,  
caerán los amantes funerarios,  
caerá la urbana babel de aquellos vientres,  
el lenguaje del tacto,  
y el alto oropel de sus aviones.

«La alquimia de tu música, *Pierre*,  
marchitará las flores,  
de *Nicole* su piel de manzana  
será abono de los otros,  
será semilla oscura, subterráneo fruto.  
Tu Ródope de tierra derribado,  
el inmenso dominio de tus sienes  
perderás con zampoña y escalofrío».

Amor, no en la tierra,  
no en el cemento duro de los días.  
París no quiso nunca amar sus pieles,  
ciudad inhóspita a la vida, París,  
Alejandría triste de sus páginas.